

Decimoctavo Domingo del Tiempo ordinario B/2018

Las lecturas de este domingo hablan del cariño de Dios hacia su pueblo. Muestran que Dios es quién nos alimenta y nos sostiene en la vida. Nos invitan a anhelar el alimento espiritual que da la vida eterna y que sólo Dios puede dar.

La primera lectura describe la experiencia dolorosa del hambre de los israelitas en el desierto. Muestra como, cuando sus condiciones de vida se empeoraron, se revoltaron contra Moisés y Aarón, sus líderes. Muestra también como Dios en su misericordia y generosidad respondió a sus necesidades al alimentarles con el maná.

Lo que este texto nos enseña es que la experiencia de sufrimiento es muy desafiante. Puede conducir unos a dudar de la generosidad de Dios. Hay también la idea de que donde el sufriendo aumenta, allí la generosidad de Dios abunda. La última idea está relacionada con la afirmación de la generosidad de Dios que tiene cuidado de los necesidades humanas.

Este texto nos ayuda a entender mejor el punto del Evangelio de hoy en que Jesús se presenta a los judíos como el pan de vida. En primer lugar, el Evangelio muestra a la gente entusiástica que busca a Jesús dondequiera que pudieran encontrarlo hasta la ciudad de Cafarnaúm.

Muestra también la reacción de Jesús que denuncia su búsqueda como motivada por las necesidades humanas y materiales. Pues, el Evangelio habla de la invitación de Jesús a la muchedumbre que trabajen por el alimento eterno que viene de sus manos.

Después de esto, el Evangelio recuerda la pregunta intrigante de la muchedumbre a Jesús sobre lo que tienen que hacer a fin de llevar a cabo las obras de Dios. Destaca también la respuesta de Jesús y la reacción inmediata de la muchedumbre. El Evangelio se termina con la declaración de Jesús que dice: "Yo soy el pan de la vida. El que viene a mi no tendrá hambre y el que cree en mi nunca tendrá sed".

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Hoy quiero hablar del predominio del alimento espiritual sobre el alimento material. ¿Qué quiero decir con esto? Déjeme explicar. Cada día nos despertamos con sólo una preocupación en mente, es decir, trabajar mucho a fin de ganar nuestra vida y la de nuestros queridos. A veces, no podemos dormir bien porque estamos preocupados con tantas causas y por el bienestar de nuestras familias, de nuestros niños y nuestro futuro.

Cuando nos encontramos en tal situación, lo que hacemos es trabajar mucho porque que nuestros queridos puedan encontrar algo que comer y satisfacen sus necesidades. Todo lo que hacemos de esta manera es legítimo y vale la pena y es aprobado por Dios. El hecho simple que Jesús tenía compasión de la gente al punto de alimentarla como escuchábamos en el Evangelio del domingo pasado, es ya un signo que Dios aprueba lo que hacemos a fin de asegurar nuestras necesidades.

Sin embargo, una cosa es preocuparnos por nuestras necesidades humanas y una otra es de pensar que es sólo el objetivo de nuestra vida en la tierra. Debemos comprender que tan legítimas son nuestras necesidades materiales, aun no son la única razón por qué vivimos.

Es por esta razón que Jesús dice a la muchedumbre que lo busca que no deberían trabajar por el alimento que se acaba, sino por el alimento que dura para la vida eterna, que viene de él.

Al decir así, Jesús no desprecia el alimento material o algo relacionado con lo que la gente hace en este mundo. Lo que quiere es afirmar el predominio del alimento espiritual sobre el alimento material. ¿Pero, por qué? ¿Qué mal es que la gente se preocupe de sus necesidades materiales? En verdad, no hay nada incorrecto con el cuidado por el alimento material, si no Jesús no habría alimentado a las cinco mil personas con unos panes y pescado.

De hecho, lo que Jesús quiere es que pongamos algunas prioridades en lo que hacemos en este mundo. Por supuesto, tenemos que preocuparnos por nuestro estómago, pero no deberíamos olvidar, sin embargo, nuestra alma. No deberíamos trabajar en este mundo como si la única cosa que cuenta más sea la satisfacción de nuestras necesidades materiales humanas. Tenemos que trabajar también para Dios y para nuestra vida espiritual.

Después de todo, la vida es más que la satisfacción del pan material. Una vida bien vivida es la que supera los límites de las cosas terrenales y nos conduce a Dios. Además, Jesús quiere que los que lo siguen aprecien las cosas de este mundo en el límite de su uso como un medio puesto a su disposición por Dios a fin de sostenerlos en la vida hasta el día que compartirán en el banquete eterno del cielo.

Por esta razón, entendemos que hay dos clases del hambre: el hambre física que el alimento material puede satisfacer y el hambre espiritual que ese alimento no puede satisfacer. Por lo tanto, es un signo de sabiduría que vivir en el mundo con ojos abiertos y mentes abiertas reconociendo la parte que debemos atribuir a Dios.

En este sentido, se hace claro por qué Jesús se introduce como el pan de vida que baja del cielo y da la vida al mundo. Del mismo modo, entendemos que el pan y pescado que él multiplicó y que dio a la gente a comer es un signo del poder que recibió de su Padre para dar la vida al que viene a él.

Es ese poder de dar-vida de Jesús que celebramos en el sacramento de la Eucaristía cada vez que celebramos la santa misa. La Eucaristía, en efecto, es el sacramento de la presencia de Jesús por excelencia. En ello, Jesús viene a nuestro encuentro, en las especies del pan y vino, a fin de darnos la vida.

A fin de entender plenamente el misterio de la Eucaristía, no necesitamos sentidos humanos, sino la fe. Sólo en la fe podemos acercarnos a la Eucaristía con confianza. Sin la fe en Dios y su palabra, nunca vendremos a la certeza del misterio de la Eucaristía, porque lo que es percibido con nuestros sentidos entera permanece externo. Es sólo desde dentro, cuando damos nuestro corazón a Dios, que podemos enfrentar plenamente el misterio de la presencia de Jesús en la Eucaristía.

Pidamos al Señor la gracia de recibirlo dignamente hoy en la Eucaristía de manera que un día podamos venir para compartir en su banquete divino. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Éxodo 16, 2-4. 12-15; Efesios 4: 17. 20-24; Juan 6, 24-35



Fecha de la Homilía: el 05 de agosto 2018
© 2018 – Padre Felicien I. Mbala, Ph. D, STD
Póngase en contacto: www.mbala.org
El nombre de Documento: 201808054homilia